

Frank R. Ankersmit, *Meaning, truth and reference in historical representation*. Ithaca: Cornell University Press, 2012, 280 pags.

Meaning, Truth and Reference in Historical Representation (en adelante *Meaning*) no es un libro cualquiera. Es la obra que en cierto modo cierra el viaje que Frank R. Ankersmit comenzara treinta años atrás con su *Narrative Logic* (1983). Entonces, el filósofo holandés inició lo que ha venido a ser una influyente carrera dentro de la teoría de la historia. Con *Narrative Logic*, el profesor Ankersmit condensó lo que la llamada filosofía *narrativista* de la historia tenía que decir sobre el escrito histórico y la narrativa por aquel entonces. Tres décadas más tarde, este filósofo publica un clarividente epítome sobre la representación histórica. Siendo esto así, no es poco lo que ahora como lectores tenemos entre manos.

Frank Ankersmit (Deventer, 1945) es catedrático emérito de teoría de la historia e historia intelectual en la Universidad de Groningen. Desde los años ochenta ha venido forjando una obra tan sólida y brillante para algunos como escandalosa para otros, ya que algunos historiadores han visto en él todos los males que encarnan la filosofía y el posmodernismo. Ciertamente, el propio Ankersmit fue en algún momento un partidario de lo que él entendía por posmodernismo (véase su polémica con Perez Zagorin en las páginas de *History and Theory* a principios de los años noventa), pero en absoluto se puede reducir su obra a la distorsión con la que se ha pretendido suplantar su personalidad. Ankersmit es uno de los más importantes teóricos de la historia de los últimos años y, desde luego, es uno de los más imaginativos, claros y concisos. Esta última obra es la prueba más fehaciente de ello.

Podemos decir que la carrera de este autor ha conocido varias etapas. Este libro viene a ser, como se ha dicho, el resumen no sólo de su pensamiento sobre narrativa y representación histórica, sino también sobre su otra gran preocupación profesional, esto es, la experiencia histórica.¹ Efectivamente, a principios de los años noventa, tras una década dedicada a la filosofía *narrativista* y a la narrativa, Ankersmit trasladó su foco de atención al otro lado del problema, a la orilla de la experiencia histórica. *History and Topology* (1994) podría ser considerado el libro bisagra a este respecto.² Desde los años noventa hasta ahora, es este tema el que ha ocupado su tiempo y en el que ha marcado un hito con un monumental volumen llamado *Sublime Historical Experience* (2005), que ha conocido una reciente edición en castellano, corregida y aumentada, con el título de *La experiencia histórica sublime* (2010). Por tanto, *Meaning* no solo es el libro que pone al día su *Narrative Logic*, una obra marcada por el espeso lenguaje de la filosofía analítica y el *narrativismo* de principios de los ochenta, sino que también revisa su reciente pensamiento sobre conceptos como experiencia, presencia o subjetividad.

¹ En efecto, Ankersmit ha venido siendo un miembro activo de la política holandesa desde hace muchos años. Así las cosas, la teoría política ha sido una de sus preocupaciones constantes, como demuestran libros como *Aesthetic Politics* (1997) o *Political Representation* (2002).

² Previamente, el autor ya había hablado de ello en, al menos, dos ocasiones. Una, en una entrevista concedida a Ewa Domanska en 1993; otra, en su discurso de aceptación de la cátedra de historia intelectual y teoría de la historia en la Universidad de Groningen en el mismo año. Esta ponencia se publicó con el título de *La experiencia histórica*.

Así pues, el profesor Ankersmit ha venido interviniendo decisivamente en el curso de la teoría de la historia de los últimos treinta años. Pero como todas las grandes obras, también la suya es sintomática de los cambios habidos en este campo en las décadas más recientes. Y esto es posible también por la capacidad de diálogo que Ankersmit demuestra con los más variopintos autores, desde los habituales Hayden White, Louis O. Mink y, en menor medida, Richard Rorty, hasta ocasionales como Martin Heidegger, o los frecuentes Quine, Davidson y Goodman. Y, por supuesto, no podemos olvidar al historicismo, del que Ankersmit es confeso seguidor y brillante renovador.

Ciertamente, el historicismo, considerado por el autor como la única teoría de la historia creada exclusivamente dentro de la historiografía, es el fundamento y motivo del libro. El movimiento que Ankersmit lleva a cabo desde el historicismo es doble. Por un lado, adapta el lenguaje romántico e idealista de esta corriente al vocabulario filosófico contemporáneo. Por otro, traslada la teoría historicista de la ontología del pasado al lenguaje de la representación histórica. Esta última es, podemos decir, el objeto primordial del libro; su creación, funcionamiento, aplicación y relación con el pasado son los temas sobre los que gira *Meaning*.

Ankersmit considera que el foco no debe ponerse en la categoría narrativa (sólo el capítulo 2 se ocupa parcialmente de ella), sino que debemos centrarnos en hablar de representación histórica. Es por ello que tanto el capítulo 1, que versa sobre el historicismo y la dialéctica, y el capítulo 4, sobre la representación, son los más importantes del libro. Y ambos están íntimamente unidos, como veremos. *Meaning* es un libro estructurado en tres partes y compuesto por doce capítulos y un prefacio. La primera parte, capítulos del 1 al 3, consiste en un diálogo con el historicismo y asienta los fundamentos teóricos del libro. El capítulo 1, de hecho, se titula “Historicism”, y es, quizá, la parte más poética y original del libro. En su segunda mitad, se nos presenta a Spinoza como padre de la dialéctica y a Hegel como el que puso en movimiento el monismo *spinoziano* del que Ankersmit se muestra partidario. Esto es así ya que, en su particular empeño en derribar el dualismo del sujeto-objeto de origen cartesiano y kantiano, empresa anunciada en la introducción a su *History and Topology* (1994),³ Ankersmit encuentra en Spinoza un aliado inspirador y contundente. La segunda parte, capítulos del 4 al 7, puede ser considerada el núcleo de la obra. En estos capítulos, Ankersmit expone de un modo seguro y reposado, sin dejar nada al azar, la preeminencia del significado sobre la referencia cuando hablamos de representación histórica; y la primacía de ésta sobre la descripción o la interpretación. Después de leer estos capítulos, es poco probable que el lector confunda términos como representación, interpretación, verdad o referencia. Finalmente, los capítulos que van del 8 al 11, son una aplicación a conceptos de reciente éxito en la teoría de la historia como son los de presencia, experiencia y subjetividad.

El significado o sentido (*meaning*), dice Ankersmit, es más básico e importante que la verdad y la referencia. Este es el cambio fundamental con respecto a anteriores filosofías del lenguaje. Para el autor, la representación histórica es el más genuino producto de un historiador. Partiendo de White y Mink, Ankersmit señala que un texto

³ Vid., nota 2.

histórico es un todo cualitativamente distinto de la suma de sus partes o proposiciones, por lo que no puede ser juzgado en términos de referencia o verdad. No es posible hacerlo a menos que esta última sea una suerte de verdad desvelada (Heidegger) o una verdad estética en la línea de Vico (véase el capítulo “Truth”, cap. 6). Por ello, la verdad de una representación histórica es diferente de la verdad referencial de la descripción, pues la referencia pertenece al ámbito de la proposición individual, no al nivel del todo de una representación. Ésta última no se corresponde, ni mucho menos, con un esquema dualista de representación-mundo, sino que hay un tercer elemento en el medio al que Ankersmit llama lo (re)presentado (*presented*) por la representación. Así pues, la representación no consiste en dos elementos sino en tres, como veremos más adelante. El eco del historicismo es aquí evidente, pues vemos en lo (re)presentado un trasunto de la “idea histórica” historicista. De este modo, lo que nos da la representación no es una verdad por correspondencia o por una referencia de la que carece, sino una verdad estética. Es, por así decirlo, comparable al conocimiento de un aspecto concreto de una persona que nos proporciona un retrato o una caricatura.

Las afirmaciones anteriores, que pudieran ser lejanamente calificadas de nominalistas, no implican, señala Ankersmit, ceder el terreno a los partidarios de la deconstrucción (una opción fuertemente rechazada por el filósofo holandés). La “idea histórica” del historicismo, es decir, la esencia de cada época, no existió ni existe como cosa en sí misma en el mundo, sino que solo tiene vida en el lenguaje de la representación histórica. Es una entidad que, al ser representada, explica una época (historicismo) y articula comprensivamente un texto dotándolo de sentido. Nos da, para entendernos, la sensación de una idea general característica acerca de un personaje o un periodo, como la foto de un río desde una perspectiva aérea (Mink) cuya figura captamos inmediatamente. Lo que el autor llama, como veremos, un *aspecto* de alguien o del mundo. Este aspecto no se analiza en términos de verdad referencial ni se expresa por una proposición, sino que es la razón de ser de la representación y la verdad estética que ésta consigue. En términos corrientes, diríamos que después de leer o ver esa representación sabemos de qué va la cosa o quién es esa persona como no lo sabíamos antes. Por tanto, creemos, Ankersmit trae a colación la causalidad expresiva de corte hegeliano que funciona, en términos de tropología, mediante la sinécdoque. Es evidente que Hegel no ha sido un filósofo celebrado por la posmodernidad, y esta vuelta a Hegel por parte de Ankersmit de seguro que no va a ser bienvenida por el posmodernismo.

Así las cosas, señala Ankersmit, el historicismo es básicamente correcto, pero una vez ha sido reconvertido en teoría del lenguaje histórico. La “idea histórica” es lo que el autor llama aspecto; y ambos son el objeto de la representación. Pero las historias, apuntó Mink, no se encuentran tal cual en el pasado, sino que sólo se narran o representan. Este libro es también, por tanto, una puesta al día y, en cierto modo, una corrección, del nominalismo filosófico que caracterizó a la filosofía narrativista de la historia.

Para semejante tarea, Ankersmit parte de un supuesto que ha tratado de cimentar desde *History and Tropology* (1994) y que con *Sublime Historical Experience* (2005) ha alcanzado su más perfecta expresión. Este postulado no es otro que la afirmación de que la experiencia y, por ende, la representación histórica, no pueden ser analizadas desde el dualismo cartesiano o kantiano del sujeto-objeto. Esto es, Ankersmit rechaza la división de lo real entre mente y objeto o entre lenguaje y mundo; es decir, lo que Rorty llamó

brecha ontológica moderna (véase su *Philosophy and the Mirror of Nature*, 1979). Pues para Ankersmit, la representación histórica es una cosa entre las cosas del mundo. No es ninguna pantalla subjetiva que refleja el mundo (realismo epistemológico) ni tampoco una ilusión que lo sustituye (anti-realismo). De hecho, señala el filósofo neerlandés, la representación histórica es un lugar en el que se produce una triple operación: una a) representación define lo b) (re)presentado en términos de lo cual vemos c) el mundo. Es decir, tenemos una representación (1), lo (re)presentado (2) y el mundo (3). Lo (re)presentado es un aspecto del mundo y, por ello, es parte de éste, es decir, nos habla indirectamente del mundo del que presenta un aspecto.

La representación, escribe el autor, funciona como una metáfora en la que A es como B. Pero, como dice Ankersmit, es muy importante destacar la estructura triple de la representación histórica y de la metáfora. Efectivamente, una determinada cosa se presenta en términos de otra. Vemos el siglo XVI europeo en términos que asociamos a esa “idea histórica” llamada Renacimiento. A se lee según B. Pero esto no significa suplantar algo o reflejarlo (estructura dual del realismo o del anti-realismo), sino que A, al asociarse con B, también se relaciona a la parte de la realidad indicada por A. Así evitamos colapsar A con B, es decir, lo (re)presentado por la representación con el mundo mismo. Pues tendemos, señala Ankersmit, a confundir la realidad que se quiere representar con lo (re)presentado por la representación histórica. Pero si colapsamos A con B, entonces la metáfora deja de ser tal porque ya no leemos A en términos de B, sino que directamente solo tenemos B, eliminando los términos de la operación. Contra ello, el profesor holandés propone un análisis de la representación histórica dividida en tres elementos, que logra evitar este efecto espoleado por el dualismo cartesiano y kantiano. Su obra sobre el lenguaje representacional, la narrativa en el idioma de los ochenta, y sus escritos sobre la experiencia histórica de las últimas dos décadas, alcanzan en esta renovación del historicismo una sólida armonía.

Por todo ello, esta obra es una ocasión excepcional para todo el que quiera hacerse una idea clara y precisa de términos como representación, experiencia histórica o verdad. Tiene, como todo lo escrito por Ankersmit, un sello personal e intransferible en la variedad de registros y en la penetración analítica de los conceptos. No solo registra los cambios habidos en este campo en los últimos años, sino que además propone nuevas vías de reflexión que, sin lugar a dudas, serán aprovechadas por otros autores. Tras el renacimiento que Spinoza ha conocido en la teoría política de la mano de autores como Antonio Negri, le toca el turno a la teoría de la historia refractar esta original voz moderna que nos llega en forma posmoderna. Para los que tengan a Ankersmit como un seguidor de la deconstrucción, este libro será una sorpresa. Para los que recelen de su nominalismo, esa conocida tendencia de la filosofía occidental, estas páginas serán tanto una tímida confirmación como un firme correctivo. Para los que piensen que el historicismo ya no tiene nada que decir a los historiadores, la obra de Frank Ankersmit supondrá un desafío que, esperemos, se apresten a aceptar.

Miguel Ángel Sanz Loroño
Universidad de Zaragoza
sanzlor@unizar.es

Fecha de recepción: 16 de junio de 2012

Fecha de aceptación: 18 de junio de 2012

Publicado: 15 de junio de 2012

Para citar: Miguel Ángel Sanz Loroño, “Frank R. Ankersmit, *Meaning, truth and reference in historical representation*, Ithaca, Cornell University Press, 2012. 280 pags.”, *Historiografías*, 3 (enero-junio, 2012): pp. 116-120, <http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/3/sanz.pdf>